

EL PÚBLICO Y SUS PROBLEMAS. John Dewey en los estudios de comunicación.

David González Hernández¹

Resumen

Este artículo mira hacia atrás en la publicación de *El público y sus problemas* (Dewey, 1927) para profundizar en el debate sobre el público durante los primeros años del siglo veinte. En comparación con la narrativa del debate entre Lippmann-Dewey, que llegó a ser extensamente discutido en los 1980s y 1990s en comunicación y *media studies* en Estados Unidos, en gran parte por la influencia de James Carey, el autor sugiere que *El público y sus problemas* ofrece aportes fructíferos para re-pensar la historia del campo de comunicación. Aunque el estudio sobre el/los “público(s)” ha sido caracterizado durante mucho tiempo por la lucha entre la *Escuela Crítica* y la *Investigación en Comunicación Masiva*, *El público y sus problemas* continúa sugiriendo posibilidades de convergencia entre diversas nociones y conceptos fundacionales: comunicación, medios, democracia y ciencia social –o por lo menos contribuye al diálogo entre perspectivas a veces polarizadas–, cuando los investigadores procuran entender cómo puede el público vincularse con los medios masivos y los nuevos medios para promover participación ciudadana en contextos democráticos.

Palabras clave

Público, comunicación, democracia, ciencia social, Debate Lippmann-Dewey

Abstract

This article looks back at the publication of *The public and its problems* (Dewey, 1927) to bring into focus the debate over the public during the first decades of the twentieth century. In comparison with the narrative of the “Lippmann-Dewey Debate” that became widely discussed in the 1980s and 1990s in U.S. communication studies, mostly because of the influence of James Carey, the author suggests that *The public and its problems* offers many fruitful ways forward to rethink history of the field of communication. Although public and audience research has long been characterized by struggles between *Critical* and *Mass Communication Research* schools, *The public and its problems* continues to suggest possibilities for convergence notions and foundational concepts: communication, mass media, democracy and social sciences –or at least productive dialogue across polarized perspectives, as researchers seek to understand how could people engage with mass media and new media to further citizenship participation in democratic contexts.

Keywords

Public, communication, democracy, social sciences, Lippman-Dewey Debate

Introducción.

Aunque la importancia de la comunicación era evidente para muchos de los primeros filósofos, pensadores sociales y liberales demócratas del siglo XX², es éste un tema dejado a un lado con relación a la democracia, con algunas excepciones, en el trabajo de los teóricos sociales y políticos recientes. Una evidencia de la importancia de la comunicación en la era moderna es el trabajo pionero de John Dewey, *The public and its problems*³. Una obra conformada por una serie de conferencias impartidas en Kenyon College, Ohio, en 1926, donde Dewey expresa sus preocupaciones sobre la democracia, el papel del público, la comunicación y la ciencia social. El aspecto de esta relación es significativo por sí mismo: ¿Puede la democracia sobrevivir en la era moderna? ¿Cómo ampliar el acceso al conocimiento científico y especializado de manera que dé cuenta de los ideales de sociedades democráticas? ¿Existe un público de ciudadanos en el contexto de los modernos medios de comunicación y la *Gran Sociedad*?

Dewey sostiene que la *Gran Sociedad*, creada con “electricidad y vapor” puede ser una sociedad, pero no una comunidad. En este contexto, el significado de “Gran Sociedad” alude a una a una sociedad cada vez más disgregada, abstracta e impersonal impulsada por el proceso de industrialización, “mientras la Gran Sociedad no se convierta en una Gran Comunidad, el público seguirá eclipsado. Sólo la comunicación puede crear una gran comunidad” (Dewey, 1927, 142).

En relación al surgimiento de la Gran Sociedad, Dewey concede una especial importancia a la posibilidad de restaurar el sentido de una Gran Comunidad con base en la comunicación: los vínculos vitales y participativos capaces de generar experiencia en común brindan la clave para contrarrestar el proceso de disgregación y atomización que experimenta el público moderno.

Parte del argumento de Dewey sostiene que los primeros asentamientos rurales en Estados Unidos constituyeron la base para la comunidad y la democracia. Con el advenimiento de la sociedad masiva y urbana, Dewey duda que la democracia pueda sobrevivir sin que ciertos rasgos esenciales de la comunidad rural puedan restaurarse.

El argumento de Dewey, brevemente esbozado en estas líneas, posee el considerable mérito de dar un amplio sentido político a la comunicación. Tal sentido está tratado no como un fenómeno al margen de los procesos más generales, sino más bien como parte integral de ellos. A pesar de todo, Dewey tiene esperanza de que los medios de comunicación puedan conectar a la gente en el contexto de la sociedad metropolitana y revitalizar la democracia. De acuerdo con Everett Rogers (1994), la reflexión de Dewey sobre cómo la democracia en Estados Unidos pudiera adaptarse a la vida urbana fue un tema estudiado por sus colegas de la Escuela de Chicago, George Mead y Robert Park.

Existe otra razón por la cual la obra de Dewey persiste en el campo de la comunicación. Como otras formas de tradición conceptual, la contribución de Dewey está con frecuencia interrelacionada con aportaciones de otros autores, de tal manera que proporcionan a los académicos un sentido de perspectiva y tradición, un sentido de identidad como parte integral de una comunidad más amplia de individuos que comparten posturas similares y que poseen, en cierta medida, una historia en común: tal es el caso de la Escuela de Chicago. Es estratégicamente útil empezar un examen de las ideas de este grupo de eruditos con Dewey, en parte porque escribió uno de los libros de texto pionero en la psicología (1887), en parte porque fue un profesor con quien Cooley y Park estudiaron, y en parte porque fue reconocido por otros teóricos fuera de Estados Unidos (Cole, s.f.). En términos de la comunicación, la obra de Dewey y su enfoque desde la filosofía pragmática puede resumirse en la resolución del dilema sobre el hecho de que el ser humano vive en un doble mundo (material y simbólico); el problema constante de reconciliar estos mundos son la base de lo que llama experiencia (Cole, s.f.), que después reformula en “cultura” (Czitrom, 1982). Sin embargo, en el campo de la comunicación Dewey figura más como un filósofo social que psicólogo.

En un famoso pasaje de “Democracia y la Educación” (1915, 4) afirma que “la sociedad existe y continúa existiendo no solo por medio de la transmisión y de la comunicación, sino que debe decirse justamente que existe en la transmisión, en la comunicación. Hay más que un vínculo verbal entre las palabras común, comunidad, y comunicación. Los hombres viven en una comunidad, en razón de cosas que tienen en común, y la comunicación es la

manera en la que vienen a poseer cosas en común”. Tiempo después agregaría en “Naturaleza y experiencia” (1929) que la comunicación es instrumental como liberadora de la presión abrumadora de eventos. La comunicación permite “compartir los objetos y las artes apreciadas por la comunidad, un compartir mediante el cual los significados son aumentados, profundizados, y solidificados en el sentido de comunión. (Dewey, 1929, 166). Cuando ambos aspectos de comunicación son combinados en la experiencia, existe una inteligencia que es el método y recompensa de vida (Dewey, 1929, 204-205).

Aunque la obra de Dewey es mejor conocida por la aplicación de tales ideas en el campo de la educación, su interés en los medios de comunicación, especialmente los periódicos, resulta significativa como medio para crear una inteligencia organizada.

El público y sus problemas.

Resulta más fácil destacar el papel del público de manera genérica que analizar con rigor y seguir su pista a través de sus implicaciones en la vida social y política. La mayor parte de los capítulos de *El público y sus problemas* constituyen un intento de analizar las características de la condición de lo público y explorar sus amplias implicaciones en asuntos políticos y mediados por la comunicación moderna. Los tres primeros capítulos preparan el camino teórico. Para empezar, Dewey se distingue por traducir problemas filosóficos en sociales, esta orientación implica que afirme en las primeras páginas del libro que la filosofía social muestra una gran brecha entre las doctrinas (teoría del Estado) y los hechos. Entonces, entre más se apele a los hechos, mayor será la importancia de la distinción entre los hechos que condicionan la acción humana y los hechos que están condicionados por ésta: no se debe partir de una causalidad directa para explicar el Estado, hay que partir de los actos realizados. El enfoque de las acciones del Estado, afirma Dewey, no pueden ser predeterminadas por alguna filosofía política (“como los derechos naturales”), sino por un experimento crítico.

En determinados puntos del primer capítulo (“En busca del público”), Dewey destaca la importancia de observar las acciones: a) las acciones tienen consecuencias en los demás; b) algunas de estas consecuencias se perciben, y c) su percepción requiere un esfuerzo de

control de la acción para asegurar algunas consecuencias y evitar otras. Consecuencias que afectan directamente (de carácter privado) y consecuencias que afectan de manera distinta a las inmediatamente implicadas (de carácter público). Según Dewey, cuando se reconocen las consecuencias de las acciones indirectas y existe un esfuerzo por su regulación, emergen los rasgos de un Estado.

De tal forma, el público es un producto de actividad social entre individuos (una “conducta conjunta”), y el estado es la organización de lo público, mediante oficiales y legisladores elegidos, para la protección de intereses compartidos. El público se conforma de ciudadanos ordinarios que experimentan consecuencias (“exterioridades negativas”) de intercambios más allá de su control (como el mercado o las actividades gubernamentales), y cuyo interés con otros ciudadanos se centra en aliviar estas exterioridades negativas con la legislación y maximizar las consecuencias positivas. El público no se constituye hasta que una consecuencia indirecta lo insta a organizarse, hasta que pueda percibir cómo las consecuencias negativas de acciones indirectas lo afectan colectivamente. El público designa a funcionarios cuyo trabajo es intervenir en la acción indeseable. Si se examina esta facultad en el contexto de las relaciones sociales, se puede percibir y estudiar por qué los estados surgen y cómo funcionan.

En el capítulo IV (“El eclipse del público”) Dewey sostiene que el surgimiento histórico de la edad de la máquina se distingue por multiplicar, expandir, intensificar y complicar el alcance de las consecuencias indirectas de las conductas conjuntas. La era moderna conforma uniones inmensas consolidadas en la acción, con base en vínculos más impersonales que comunales. De tal forma que el resultado es un público al que le resulta cada vez más complicado llegar a identificarse y distinguirse como tal. Hay “mucho público”, un público aislado, indeterminado, desorganizado y diseminado, “El público está tan confundido y eclipsado que ni siquiera puede ver los órganos a través de los cuales se supone que interviene en la acción política y el sistema de gobierno” (Dewey, 1927, 121). Este eclipse del público, también se agrava por las múltiples distracciones y evasiones de los medios de comunicación, que han pasado a formar parte de la vida contemporánea y que hacen difícil la deliberación pública eficaz. El resultado no se hace esperar: una mayor

apatía por parte de una ciudadanía ya de por sí escéptica de la eficacia de la participación política.

Una vez reconocida esta condición del público, Dewey dedica los últimos dos capítulos (“En busca de la Gran Comunidad” y “El problema del método”) a cuestionarse cómo transformar la Gran Sociedad en una Gran Comunidad. Afirma que la sociedad posee tecnología de comunicación como nunca antes, sin embargo el pensamiento y sus aspiraciones correspondientes no han sido puestos en común. Para Dewey se puede restaurar el público y la cohesión de grupos descubriendo los signos y los símbolos con relación a los “modernos” medios de comunicación, especialmente la prensa escrita.

Resulta evidente que para ese entonces los medios de comunicación –telégrafo, periódico, radio, teléfono- habían dejado atrás una fase intelectual de indagación y organización de sus resultados. No obstante, para Dewey, la visión de una prensa que fusionaría las ciencias sociales a un periódico estéticamente presentable resultaba una empresa deseable. De ese modo, la temática sobre la investigación se vincula, pero no se limita a los métodos y el periodismo, construyendo una posición mucho más extensa sobre la práctica científica. Para el pragmatista Dewey, la actividad de la ciencia consiste en desarrollar hábitos que respondan con mayor eficacia a los problemas que enfrenta el hombre en su paso sobre este mundo -más que buscar un fundamento último de la realidad: como la epistemología moderna.

El Debate Lippmann-Dewey.

En el campo de la comunicación, el libro "El público y sus problemas" es ubicado como una respuesta frente a “La opinión pública” (1922) de Walter Lippman, un debate considerado usualmente como referente para discutir las ideas fundacionales de la disciplina de la comunicación, principalmente (Carey, 1982, 1987; Jansen, 2009; Schudson, 2008; Whipple, 2005), y la ciencia política (Putman, 2004; Ryan, 1995). Una de las referencias más frecuentes hechas a la explicación del “El público y sus problemas” es que, al centrar su atención en el público, el estado y los medios, tiende a propiciar el debate

“indirecto” entre los dos autores, debate que no pertenecía al mundo propio del campo de la comunicación en Estados Unidos sino hasta hace treinta años, sobretodo cuando los estudios de recepción tomaron el escenario central en la teoría de la comunicación y los medios en Estados Unidos, Europa y América Latina.

En algunos círculos académicos este debate se ha convertido en canónico. Sin embargo, de manera interesante, no fue un debate propiamente pues no hay evidencia de que Lippmann se considerara en diálogo o discusión con Dewey (Schudson, 2008), aunque “El público y sus problemas” es básicamente una discusión con Lippmann. El debate Lippmann-Dewey fue ampliamente discutido en Estados Unidos durante 1980s y 1990s en el campo de la comunicación y los “media studies”; en gran parte debido a la influencia de James Carey (1982, 1987). Más adelante examinaré este debate en la concepción de los “expertos”, el público y los medios de comunicación masiva, implícitos en la “conversación” entre Dewey y Lippmann, y las cuestiones campales que se desprenden de ella. Aquí me limitaré a destacar algunas reflexiones de carácter histórico. Asimismo, deseo evitar un tono contrastante en el debate, en cierta medida dicho debate ha sido objeto de una idealización maniquea que en el plano teórico no resulta tan distante de sus posturas; más bien deseo destacar los conceptos que considero significativos para el campo de la comunicación.

El debate Lippmann-Dewey es un “aparente” (Schudson, 2008) intercambio entre John Dewey y Walter Lippmann. Se trata de una línea crítica contundente que dice mucho a favor de la reputación de Dewey, pues al reflexionar sobre las cuestiones del público, la comunicación, y la democracia, se reconoce una relación satisfactoria desde la comunicación y la cultura. Sobre todo en la visión de James Carey (1989), quien coloca a Dewey como figura fundacional que representa el pragmatismo, la democracia, la Escuela de Chicago, el interaccionismo simbólico, la hermenéutica, la comunidad, y la comunicación como una práctica humana donde todos pueden formar parte⁴. Por otro lado, en la misma visión de Carey, Lippmann representa la tradición de los efectos. Esto incluye las nociones referidas a la verticalidad de la comunicación, el elitismo, el objetivismo, la razón instrumental, el atomismo, el positivismo, el cientificismo, etcétera (Jansen, 2009).

Resulta claro que Carey observó esta perspectiva del “ritual de la comunicación” como una idealización de los procesos democráticos donde los individuos usan la comunicación para construir y transformar la realidad mediante la interacción entre sus comunidades. Tanto James Carey (1989), como John Durham Peters (1989) lamentan que la tradición de Dewey es el “sendero no recorrido por los estudios de la comunicación masiva en Estados Unidos (Peters, 1989, 201); una visión suplantada por la emergencia del discurso social científico en el campo⁵. Si examinamos la afirmación de Peters con más detenimiento y contexto, resulta manifiesto que el “estrecho” sendero de los efectos de los medios se funda también en un proyecto político dedicado a conversar sobre los “peligros y posibilidades de la democracia”. Peters afirma que la democracia no es sólo un tema entre muchos en el estudio de la comunicación masiva, es una preocupación que forma “parte de la estructura” (Peters, 1989, 200) del campo de la comunicación, sobretodo en Estados Unidos. Recientemente Michael Schudson (2008) ha cuestionado las lecturas “erróneas” en el campo de la comunicación al debate entre Lippmann y Dewey, lecturas puestas en contraste que originaron nuevas discusiones en diversos conceptos como la opinión pública, el papel de los expertos y la función de los medios de comunicación.

Los textos clave que inician el debate Lippmann-Dewey son “La Opinión Pública” (1922) y la subsecuente reseña de Dewey en *New Republic*. (*La Nueva República*) ese mismo año. En “La Opinión Pública”, Lippmann concibe la comunicación democrática a partir de lo “visual” o la “imagen” que construimos. Al enfatizar la visión, el proceso democrático se convierte en algo donde los ciudadanos resultan meros espectadores (más adelante amplio un poco esta referencia de la “imagen” o representación en “La opinión pública”). Lippmann formula la tesis de que la democracia inevitablemente caerá en un cuerpo centralizado de expertos para actuar como la inteligencia de la sociedad. Este cuerpo funcionará para destilar los problemas sociales complejos en una forma inteligible para que funcionarios puedan tomar sus decisiones de manera informada y racional.

a) El rol del experto.

Lippmann argumenta que la Gran Sociedad ha complicado y especializado sus actividades en gran parte debido a la aplicación de conocimiento técnico, de ahí que las sociedades han

buscado la ayuda de personas adiestradas para hacer inteligible a la Gran Sociedad. De acuerdo con Schudson (2008, 1034) esta postura fue considerada “elitista” y “antidemocrática” en el campo de la comunicación, una lectura orientada al remplazo del público (para Schudson, Lippman es elitista pero no antidemocrático pues el experto no gobierna, representa al público, incluso mejor que los votos ciudadanos). Por su parte, Dewey aspira mucho del “experto”, busca un registro libre y “comunicación sistemática del conocimiento” (Dewey, 1927, 179) en la prensa, pero anhela más participación directa del público en una democracia deliberativa. Se trata de un gobierno compartido entre grupos pluralistas que mediante la transmisión social del conocimiento, herramientas físicas (medios de comunicación) y hábitos puedan transformarse en una Gran Comunidad.

No resulta difícil imaginar por qué Dewey enfatiza una nueva clase de prensa combinada con “expertos” que manejen el medio de comunicación con técnicas de ciencias sociales y una presentación artística que puedan “proporcionar una exposición continua, sistemática y efectiva de movimientos sociales y políticos” (Czitrom, 1982, 110). Entonces Schudson coloca la función del experto entre Lippmann y Dewey de una manera similar, menos conflictiva o contrastante debido a que la función del experto consiste en ofrecer, en ambos autores “descripciones exactas del mundo, pero sin aconsejar qué decisiones tomar” (Schudson, 2008, 1035).

b) El público y la opinión pública: la cuestión sobre la competencia.

El debate sobre el público tiene su punto central en el grado de competencia del mismo. En la "Opinión pública" Walter Lippmann escribe acerca del mundo o el ambiente alrededor de nosotros y alrededor de las "imágenes" que construimos en nuestras mentes. "El único sentimiento que cualquiera puede tener acerca de un acontecimiento que no experimenta es el sentimiento despertado por la imagen mental de ese acontecimiento" (Lippmann, 1922, 9). Para Lippmann, las imágenes mentales son elaboradas de historias y ficciones que funcionan como "representaciones del ambiente". La "opinión pública" son representaciones dentro de las cabezas que son afectadas por un grupo de personas o por individuos que actúan en nombre del grupo de personas.

Carey calificó esta noción como “mentalista” o la aproximación psicológica del público definida por su pasividad. El contraste con Dewey, de acuerdo con Carey, es evidente: la concepción del público relaciona al “oído” antes que la “vista”, es dialógica⁶. El público, en este sentido, es un grupo de personas que se reúne para discutir mensajes de los medios de comunicación, una idea del público relacionado a la conversación y la deliberación de voces parlantes. De esta manera, la opinión pública no es un patrimonio de las impresiones momentáneas, las emociones circunstanciales ni nada parecido a emociones temporales: es el resultado de un proceso largo de la evolución del pensamiento, de análisis de valores y formas de conducta “ningún hombre ni ninguna mente jamás fue emancipada por sí sola” (Dewey, 1927, 168). En suma, la opinión pública es constituida en la interacción social, y esta noción tiene que ver con un ciudadano participante.

Lo que no se desprende de manera clara de la explicación de Lippmann es el papel del público: “¿Es pasivo el público? Sí y no. En el trabajo de Lippmann el público puede ser descrito como sumamente significativo, pero muy ocasional, hay intervenciones en vez de participación constante como espectadores pasivos” (Schudson, 2008, 1037-38). Según Michael Schudson, la premisa de Lippmann es el rechazo a considerar que la democracia se basa en la omni-competencia de los ciudadanos a dirigir actividades públicas -Lippmann nunca denomina al público como incompetente, como sugiere Carey.

c) La comunicación en la democracia.

Contrariamente a lo que algunos académicos podrían pensar, tanto Lippmann como Dewey compartían una fe en una vida pública mejor, y también compartían sus dudas sobre una opinión pública sólida, competente y edificada sobre derechos de igualdad. Si el desarrollo de la sociedad moderna parecía destruir el aspecto democrático de la sociedad, fue sólo porque su surgimiento iba a la par de la emergencia de nuevos conjuntos de valores y creencias que algunos percibían como evidente y amplificadas por la comunicación moderna. En palabras de Lippmann, la opinión pública es mediada por “pseudo” representaciones del ambiente, lo cual presenta un problema para la democracia porque las imágenes al interior de la cabeza de las personas “no corresponde automáticamente con el mundo de afuera” (Lippmann, 1922, 19), y esto representa una serie de dificultades para las

personas que toman las decisiones.

De tal manera, Lippmann confía en la interposición de expertos entre el público y el mundo fuera de su alcance, tanto de vista como de la mente: los expertos pueden hacer inteligibles los hechos sin ser vistos. Aunque esta línea argumental no carece de interés, aborda una visión despolítizada de los medios de comunicación en el contexto democrático porque es poca la “atención a las maneras en que el estado y el mercado distorsionan la producción de noticias” (Schudson, 2008, 1040). Sin duda, Lippmann discute que esta función de la comunicación moderna, como la prensa, confunde debido a la expectativa de consumir ficciones; la expectativa de “hacer todo lo que no fue previsto en la teoría de la democracia” (Lippmann, 1922, 19).

Por su parte, Dewey propone una democracia de vida cooperativa conformada por interacciones de comunicación en la comunidad “La conciencia clara de una vida comunal, en todas sus implicaciones, constituye la idea de la democracia” (Dewey, 1927, 149). El objetivo de la democracia resulta en la búsqueda de la Gran Comunidad en un contexto de relaciones humanas masivas e industrialización tecnológica donde el público es conceptualizado como una multitud participativa. El público puede conformarse como guía y criterio supremo de la actividad gubernamental, la democracia debe permitir al público manifestar sus propósitos con mayor autoridad (Dewey, 1927, 146). Para tener resultados en las preocupaciones públicas se requiere demandar comunicación como requisito previo, y la opinión pública es la base para la reforma política para poder alcanzar la Gran Comunidad. El vínculo necesario entre la sociedad política y la comunicación moderna se ubica en los reporteros (en esta visión optimista). Si a los periodistas les fuera permitido trabajar libremente, las noticias serían otra cosa, de genuino interés para el público. Este es el objetivo de Dewey sobre la creación de una organización social de la inteligencia. Sin embargo, Dewey nunca escribió profundamente u omitió decir alguna medida sobre el grado de privacidad de los medios para este propósito, aún cuando reconoce el carácter privado del control de la prensa.

Las claves que continúan la reflexión.

En su postura pragmática, Dewey no busca el origen del público que sirva de fundamento a las críticas, sino apela a las consecuencias prácticas que se derivan del hecho de que hay público. “El público y sus problemas” es una de las grandes críticas de la primera sociedad capitalista estadounidense que descubre en los bienes de consumo y en los medios de comunicación una nueva y poderosa forma de control de las masas. Ello explica una de las razones de James Carey de re-capturar esta aspiración utópica en el pensamiento social (percibida como débil durante la gestión de Reagan en los 1980s) cuando observa los peligros de la sociedad de masas como esenciales para asumir una perspectiva crítica en el estudio de la comunicación.

Es probable que las ideas no puedan realizarse de manera práctica hoy en día, pero el diagnóstico de Dewey resulta imprescindible para articular el análisis de las condiciones en que se desarrollan los medios y el análisis de la democracia. Aspecto que continúa siendo problemático para los investigadores de la comunicación en México y el resto del mundo debido a esta relación entre teoría normativa de la democracia y teoría científica⁷. Pues, según Dewey, la opinión pública obtiene plenitud si se controla las conexiones indirectas entre individuos, grupos y espacios de acción; y así, los medios de comunicación adquieren valor público.

Referencias.

Carey, James (1987). “The Press and the Public Discourse,” *The Center Magazine* 20 (March/April) 6-15.

Carey, James (1982). “The Mass Media and Critical Theory: An American View.” *Communication Yearbook* 6:18-33. Re-impresión, Carey, James W. 1988. “Reconceiving ‘Mass’ and ‘Media’.” [1989] Pp. 69-88 en *Communication as Culture: Essays on Media and Society*. Londres: Routledge.

Cole, Michael (s.f.). The cultural-historical tradition in psychology and the rise of communication as a new academic discipline. Manuscrito.

Jansen, Sue Curry (2009). “Phantom Conflict: Lippmann, Dewey and the Fate of the Public in Modern Society.” *Communication and Critical/Cultural Studies* 6:221-245.

Peters, John D. (1989). "Democracy and American Mass Communication Theory: Dewey, Lippmann, Lazarsfeld." *Communication* 11: 3, 199-220

Peters, John D. (1999). *Speaking into the air: A history of the idea of communication*. Chicago: University of Chicago Press.

Putnam, Hilary (2004) 'Enlightenment and Pragmatism', Part II of H. Putnam, *Ethics Without Ontology* (Cambridge, MA: Harvard University Press).

Ryan, Alan (1995) *John Dewey and the High Tide of American Liberalism*. New York: W.W. Norton.

Schudson, Michael (2008). "The "Lippmann-Dewey Debate" and the Invention of Walter Lippmann as an Anti-Democrat 1986-1996." *International Journal of Communication* 2:1031-1042.

Whipple, Mark. (2005). "The Dewey-Lippmann Debate Today: Communication Distortions, Reflective Agency, and Participatory Democracy." *Sociological Theory* 23:156-178

¹ Es profesor en Comunicación de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), Campus Tijuana. Estudia su doctorado en Comunicación en la Universidad de California, San Diego (UCSD), Estados Unidos. Miembro de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) donde comparte la coordinación del Grupo de Estudios de Recepción desde 2005. Es parte del CA "Comunicación, sociedad y organización", donde trabaja la línea medios de comunicación, estudios de recepción y frontera México-Estados Unidos. Tiene Maestría en Comunicación por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), y licenciatura en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Iberoamericana Noroeste (UIA).

² Según Peters (1999) la teoría de la comunicación y sus opciones intelectuales son visibles desde los 1920s. En filosofía "comunicación" era un tema central. Obras importantes que exponen las posibilidades y límites de la comunicación son Karl Jaspers *Psicología de las concepciones del mundo* (1919); Ludwig Wittgenstein, *Tratado lógico filosófico* (1922); Martín Buber, *Yo y tú* (1923); C. K. Ogden y I. A. Richards, *El significado del significado* (1923); John Dewey *Experiencia y naturaleza* (1925); Martin Heidegger *El ser y el tiempo* (1927), y Sigmund Freud, *La civilización y sus descontentos* (1930). En el pensamiento social sobre la "comunicación" a gran escala, donde el tema era la "masa", la "gente" o lo "público", sobresalen Walter Lippmann, *La opinión pública* (1922); Ferdinand Tönnies, *Crítica de la opinión pública* (1922); Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase* (1923); Harold Lasswell, *Técnicas de propaganda en la Guerra Mundial* (1927), Sigmund Freud, *Psicología del grupo y el análisis del ego* (1922); John Dewey, *El público y sus problemas* (1927), entre otros.

³ La traducción al castellano cuenta con dos publicaciones con diferente título: *La opinión pública y sus problemas* (2004), Madrid: Ediciones Morata; y "El público y sus problemas" (1958) España: Ágora.

⁴ James Carey (1989) legitima la importancia de Dewey al campo de la comunicación masiva, describe la conceptualización de Dewey sobre la comunicación como un tipo de "acción" o una constelación de prácticas" donde el significado es construido colectivamente. Carey nombra al legado de Dewey como la

visión “ritual de la comunicación” que designa a la comunicación como un proceso simbólico donde la realidad es producida, mantenida, reparada y transformada.

⁵ También es una preocupación de los efectos de la industrialización, percibida como una amenaza a la posibilidad de que personas comunes pueden (o estarían dispuestas a) mantenerse al ritmo y/o comprender la creciente cantidad de información disponible.

⁶ Dewey conceptualizó al "individuo" como un intérprete de interacciones comunicativas antes que un individuo conductista afectado por un estímulo directo. Ciertamente la noción de individuo en el trabajo de Dewey es semejante a George H. Mead, es decir, como un individuo activo que busca satisfacer sus necesidades sociales en situaciones de comunicación (Mead, 1913/1972).

⁷ Para un análisis amplio de la situación en México, consulte “La investigación sobre comunicación y democracia en México: algunas reflexiones en busca de las claves” en Raúl Fuentes (2008). La comunicación desde una perspectiva sociocultural. Acercamientos y provocaciones 1997-2007. ITESO: Guadalajara.